

NÓMADAS, CANÍBALES Y OTRAS EX-CENTRICIDADES: CONSIDERACIONES TEÓRICAS SOBRE LA ESCRITURA POSTCOLONIAL

Carolina Sánchez-Palencia Carazo

A comienzos del año 2011 las revueltas ciudadanas en países árabes se anunciaban con titulares tan apocalípticos como “El inicio del fin del colonialismo occidental” (*El quinto poder* 30/1/2011) o “¿El fin del paradigma del choque de civilizaciones?” (*Iniciativa* 3/6/2011). Europa se preguntaba estupefacta cómo sus antiguos “colonizados” se levantaban contra sus tiránicos gobiernos (sustentados precisamente por las potencias y las corporaciones occidentales), y en general la percepción que de estos acontecimientos se tuvo en Occidente evidenció el choque entre dos miradas, dos realidades prejuiciadas que forman parte del legado colonial aún vigente. Para empezar, como apunta Esther Benbassa, esos “olvidados” de la modernidad habían hecho su revolución utilizando los medios tecnológicos más avanzados, esos que nosotros usamos de la manera más desenfadada y trivial. Además, señala esta autora, nuestra arrogancia occidental nos impidió ver que esas mujeres a las que queremos quitar el velo en un gesto no exento de paternalismo, estaban en las plazas protagonizando la rebelión junto a los hombres (2011). De alguna manera las imágenes difundidas por los medios de comunicación han venido a desdibujar el mapa de estereotipos que sobre los árabes se había construido en Occidente. Las tesis orientalistas de Edward Said que analizaban la construcción del árabe como sujeto dócil, servil y tribal, reforzadas en las últimas décadas al reconvertirlo en feroz, unidimensionalmente fundamentalista

y terrorista sanguinario, se vieron de repente cuestionadas ante las cámaras de televisión y las redes sociales, que nos mostraban a hombres y mujeres luchando por la libertad, la democracia, los derechos civiles, y todos aquellos valores que Occidente suele considerar como su patrimonio exclusivo.

A estas alturas casi resulta tautológico afirmar que uno de los pilares sobre los que se sustenta el discurso colonial es la idea del **Otro**. Política y epistemológicamente el Otro es la representación antagónica que necesita el Yo para legitimar su autoridad, y sobre su imagen estereotipada edifica todo el sistema de dominación estructural en que se basaron los Imperios occidentales. La construcción del Otro colonizado, se realiza, por tanto, desde una posición de poder y como parte de una norma que dicta su exclusión y victimización. Por eso, es en la ruptura de la imagen construida desde el prejuicio occidental donde las revueltas árabes podrían interpretarse como “el principio del fin del colonialismo”, por lo menos en lo que concierne a la representación. Y es que, en gran medida, el colonialismo tiene que ver con la representación, porque es a través de la producción de textos —literarios, plásticos, científicos, etc.— como se generan y transmiten los valores ideológicos que vertebran el armazón del Imperio. En consecuencia, lo postcolonial, en su contestación y cuestionamiento de estos significados coloniales también dará primacía a lo textual, y precisamente en el marco de este “giro cultural/textual” en los estudios Postcoloniales surge nuestro interés por esas “Otras Literaturas”, y es ahí donde debe enmarcarse el presente volumen en el convencimiento de que colonialismo y postcolonialismo no pueden entenderse fuera de los textos literarios.

De la misma manera que en 1949 Simone de Beauvoir sienta las bases del pensamiento feminista al exponer en

El segundo sexo que la mujer es fundamentalmente una categoría cultural creada por el patriarcado para perpetuar un sistema de desigualdades, treinta años después Edward Said marcará el inicio de la crítica postcolonial con su obra *Orientalismo* (1979), argumentando que la cultura occidental ha construido a su Otro en torno a una serie de prejuicios y estereotipos eurocéntricos (presentes en un corpus textual y de conocimiento) que han servido para justificar las prácticas coloniales de Europa y Estados Unidos en los dos últimos siglos. Aunque son mayoría los que consideran a Said como uno de los padres del postcolonialismo, sin embargo no fue él el primero en desafiar la violencia discursiva de los Imperios occidentales. A partir de los movimientos independentistas que inspiraron el proceso descolonizador tras la Segunda Guerra Mundial surgieron voces bastante radicales que confrontaron el legado colonial y propusieron una liberación de las potencias europeas, no sólo desde el punto de vista político y económico, sino fundamentalmente, cultural e ideológico: Frantz Fanon, Césaire Aimé, Amílcar Cabral, Chinua Achebe, Wole Soyinka, o Ngũgĩ wa Thiong'o son algunos de estos "hijos bastardos" del Imperio. Y de hecho, su desembarco en las universidades norteamericanas, suele interpretarse (no sin cierto sarcasmo) como la inauguración oficial de los Estudios Postcoloniales como disciplina académica: "Lo poscolonial comienza cuando los intelectuales del Tercer mundo han llegado al mundo académico del Primer mundo." (Bravo, 249)

Sin embargo, pese a que existe cierto grado de consenso en torno a los orígenes de la crítica postcolonial, la noción misma de postcolonialismo no deja de ser controvertida y problemática. Por eso, no es de extrañar que casi todos los volúmenes y monografías sobre esta disciplina comiencen

con cierto tono exculpatorio señalando las limitaciones epistemológicas que el término necesariamente conlleva.

Para empezar, el prefijo “post” parece dar a entender que el modelo colonial está superado, cuando en realidad, gran parte de la crítica y la literatura postcoloniales se ocupa más bien de la pervivencia, y no tanto de la desaparición, de dicho modelo (términos como neo-colonialismo o neo-imperialismo atestiguan esta idea de continuidad). Pese al declive de los Imperios europeos y a la descolonización formal de muchos de sus territorios que tuvo lugar a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, las consecuencias históricas, políticas y culturales de aquel orden siguen condicionando el mapa de relaciones internacionales en el presente. Como señala John McLeod, el escenario contemporáneo de la globalización, la primacía del Norte sobre el Sur, la tutela del Fondo Monetario Internacional sobre todas las economías del planeta o la militarizada “war on terror”, no son sino versiones actualizadas de aquel paradigma colonial que se va acomodando a las circunstancias de un mundo en constante transformación (4). Por lo tanto, debemos concluir que el prefijo “post” no sólo se usa en un sentido temporal, sino que significa también “más allá”, al dar cuenta de las complejidades, contradicciones, interrogantes y (dis)continuidades de un proceso (el colonialismo) tan dilatado en el tiempo, y que, sin embargo, aún no está cerrado.

Algunos críticos señalan el riesgo de “despolitización” inherente al término postcolonialismo, en contraste, por ejemplo, con “neo-colonialismo” o “imperialismo” (con una connotación más militante o activista), lo que le ha permitido una mayor tolerancia y penetrabilidad en los sectores más conservadores de la Academia norteamericana (Shoat, 99-100). Actualmente, gran parte de los Estudios Postcoloniales ha

derivado en el análisis de las intersecciones (fundamentalmente culturales e ideológicas) entre el Primer y el Tercer Mundo, y de las diversas experiencias de hibridación, sincretismo o diáspora que de este contacto se derivan, alejándose de cuestiones políticas y económicas que siguen siendo consustanciales a las relaciones de desigualdad entre ambos mundos.

Otro problema, y sobre todo cuando la etiqueta se aplica a los escritores, surge cuando nos encontramos ante una casuística tan extensa que difícilmente nos permite señalar unas determinadas características comunes a todos ellos, y mucho menos, la creación de un canon postcolonial. Para empezar, muchos de los autores incluidos bajo esta categoría, escribieron en un contexto colonial, es decir, cuando sus países eran parte formal de los imperios europeos, como es el caso de Chinua Achebe y su novela *Things Fall Apart* (1958), escrita cuando Nigeria aún era colonia británica. Por otra parte, existen una serie de escritores que, aunque elaboraron en sus obras una crítica explícita al sistema colonial, no suelen considerarse postcoloniales en la medida en que no participan ideológicamente de un compromiso con la denuncia de las desigualdades culturales y económicas que genera el imperialismo del Norte sobre el Sur y de Occidente sobre Oriente, ni escriben desde los márgenes del mismo. Es el caso de Joseph Conrad y del reciente premio Nobel de Literatura Mario Vargas Llosa, con su novela *El sueño del celta* (2010).¹

1) El caso de Conrad es interesante, porque la recepción crítica de su novela *Heart of Darkness* (1902) en la que se narra ese viaje mítico hacia el interior del Congo Belga y el encuentro con los horrores de la colonización de África, se halla totalmente dividida en torno a la posición imperialista o anti-imperialista del autor. Mientras Chinua Achebe en su influyente artículo "An Image of Africa" (1979) denuncia los prejuicios racistas del autor en su descripción del continente como la antítesis bárbara, corrupta y salvaje de la civilizada Europa, Hunt Hawkins (1979) interpreta la novela como un ataque explícito al imperialismo, aunque escrita con

En otro extremo estaría V. S. Naipaul, que, pese a tener una biografía marcada por la diáspora y la inmigración (como descendiente de trabajadores indios en Trinidad), mantiene una postura tan contraria a los planteamientos postcoloniales, que es mayoritariamente considerado más bien como un oponente que como un aliado de los mismos.

Y se produce incluso la circunstancia de que la inclusión o exclusión de este canon viene dictada por líneas divisorias muy arbitrarias en torno, por ejemplo, al color o la lengua del escritor. La novelista sudafricana Nadine Gordimer, conocida por sus denuncias contra el Apartheid y autora de obras explícitamente interculturales como *Burger's Daughter* (1979), *The House Gun* (1998) o *The Pickup* (2002), suele quedar fuera de las listas de autores postcoloniales por ser blanca. Y si atendemos a la cuestión de la lengua, aquí el criterio se revela como inevitablemente eurocéntrico porque parece que aquellos autores relacionados con las antiguas colonias que escriben en alguna de las lenguas europeas (fundamentalmente inglés o francés) suelen quedar dentro del canon postcolonial, mientras que los que han optado por alguna lengua no europea son excluidos del mismo, como sucede con el keniano Ngũgĩ wa Thiong'o, que después de escribir sus primeras obras en inglés y participar en iniciativas activistas y protestas de diversa índole contra la pervivencia del colonialismo cultural en África, eligió el Gikuyu y el Swahili como lenguas literarias. Un caso

un lenguaje (el de los clichés y los estereotipos culturales que critica Achebe) con el que los europeos pudiesen sentirse familiarizados y por lo tanto, interpelados. Resulta casi imposible resolver esta discrepancia porque las dos posturas pueden explicar perfectamente la actitud ambivalente de Joseph Conrad en su construcción del Otro en pleno auge de la colonización europea y esta disparidad de lecturas posibles responde a la propia dificultad del autor para reconciliar su visión de la superioridad moral de Europa con las atrocidades que él mismo vio cometidas en su nombre.

similar sería el de Kateb Yacine, quien, tras la independencia de Argelia, rechazó el francés en el que había escrito algunas de las obras canónicas de la cultura francófona y adoptó el árabe popular para su creación. Por último, la experiencia de la diáspora y la condición de expatriados, exiliados e inmigrantes de muchos escritores postcoloniales dificulta sobremanera su adscripción a una tradición cultural concreta, una circunstancia que a menudo suele ser destacada en los cursos y recursos sobre literatura y crítica postcolonial: “What determines when you are *too acculturated* to be counted as postcolonial: where you were born? how long you’ve lived abroad? your subject matter? These and similar questions are the object of constant debate”. (<http://public.wsu.edu/~brians/anglophone/postcolonial.html>)

Lo que sí parece claro es que cuando se habla de postcolonialismo nos referimos a los efectos de un modelo de dominio estructural sobre determinadas culturas y sociedades, y a cómo éstas han respondido y contestado a esa imposición de la hegemonía europea. El postcolonialismo, como corpus teórico y como análisis de una realidad social y cultural en continuo cambio, se desarrolla en tres fases fundamentales, que, formuladas de una u otra forma, suelen argumentarse de la siguiente manera. En primer lugar, una toma de conciencia de la alienación social, psicológica y cultural experimentada por un individuo, una comunidad o un país colonizado. En segundo lugar, la lucha por la autonomía política y económica que lleva aparejada la reivindicación de la diferencia étnica y cultural de la comunidad colonizada. Finalmente, la puesta en valor del solapamiento y la hibridación cultural a partir de un sentimiento de doble pertenencia.

Es cierto que todos los pueblos de la historia han experimentado el fenómeno de la colonización en algún

momento, pero en el presente volumen (donde trazamos un mapa que, como toda representación, es necesariamente parcial e incompleto) nuestro **ámbito** se limita a los imperios europeos que, entre principios del siglo XIX y el comienzo de la Primera Guerra Mundial, se apropiaron de un 85% de los territorios del planeta. Concretamente, Gran Bretaña llegó a poseer un territorio de casi 32 millones de km² que incluía Australia, Nueva Zelanda y Canadá, también conocidas como “*settler colonies*”, donde la élite blanca británica desplazó a la población indígena.² Los ingleses ocuparon también Jamaica, Guayana, Honduras, Barbados, Bahamas y Bermudas en las Indias Occidentales; Hong Kong, Birmania, Sri Lanka, Singapur, así como la joya de la corona, India, en el sudeste asiático; en Oriente Medio y el Mediterráneo, Gibraltar, Malta, Chipre, Jordania y Palestina; y en África, Gambia, Sierra Leona, Nigeria, Camerún, parte de Sudán, de Somalia, Uganda, Rhodesia y Sudáfrica.

Francia, por su parte, controlaba un territorio de más de 11 millones de km² que incluía Argelia, Túnez y Marruecos, en el norte de África; Mauritania, Senegal, Costa de Marfil, Sudán, Guinea o Níger, en la zona subsahariana; Siria y Líbano, en el Oriente Medio; Indochina, Tahití y otras islas de la Polinesia en el sudeste asiático; así como una serie posesiones en el Caribe, como Guadalupe, Haití o Martinica.

2) La consideración de la literatura estadounidense como postcolonial es una cuestión controvertida, en tanto que la actual posición hegemónica y el papel neocolonialista de este país más bien la alejan de esta categoría crítica; no obstante, su relación original con la metrópolis británica sí resulta paradigmática del modelo postcolonialista (Ashcroft, 2). Por otra parte, la emergencia de literaturas étnicas (afroamericana, chicana, asiáticas) dentro de EEUU, también supone una interacción con la tradición blanca europea y protestante que puede analizarse en clave postcolonial

Este todopoderoso sistema colonial comienza a derrumbarse tras la Segunda Guerra Mundial, y los movimientos nacionalistas en las colonias (cuya población había sido movilizadada para luchar a favor de sus respectivos imperios) aprovechan la debilidad de las potencias europeas beligerantes para iniciar el complejo camino hacia la independencia. Gran Bretaña reacciona a estas protestas y trata de neutralizar las reivindicaciones nacionalistas recurriendo a la *Commonwealth*, una supuesta comunidad de socios creada en 1931 en la que se prometía a los países colonizados cierto desarrollo económico al amparo de esos intereses comunes, y una serie de concesiones políticas conducentes hacia un posible autogobierno, que, efectivamente, culminaron con la independencia más o menos pacífica de, primero la India (1947) y posteriormente, a lo largo de las dos décadas siguientes, el resto de las colonias. La mayoría de los historiadores de este periodo coinciden en valorar la inteligencia estratégica de Gran Bretaña al gestionar de esta manera el proceso descolonizador, puesto que optó por un camino más conciliador y rentable que le permitió ganar los socios comerciales que necesitaba; y de hecho, casi todas las antiguas colonias británicas aceptaron integrarse en la *Commonwealth*.

El caso francés, sin embargo, fue mucho más violento y radical, pues se alimentó del resentimiento existente entre la población de las colonias, tanto de los indígenas como de los ciudadanos franceses asentados en el Norte de África, (concretamente en Argelia, donde la administración francesa se mostró mucho menos flexible al no ofrecerles ni ampliación de sus derechos, ni promesa alguna de autonomía), pero también en la misma Francia, donde las políticas imperialistas y el coste económico, humano y militar de este conflicto fue explícitamente contestado y dejó al gobierno sin apoyo

popular. De manera similar, la descolonización de Indochina (y su posterior división en tres países, Vietnam, Camboya y Laos) fue un episodio cruento que, ya en el contexto de la Guerra Fría, se vio complicado por las alianzas comunistas y anti-comunistas lideradas por China y Estados Unidos respectivamente y que culminó en una guerra de más de siete años y en la estrepitosa derrota de Francia en 1954.

Pese a las políticas unificadoras que, dentro de estos dos grandes imperios, se ejercieron mediante la imposición de sus lenguas y culturas dominantes, habremos de reconocer la imposibilidad de establecer un concepto homogéneo en torno a la experiencia colonial, pues la realidad del Imperio fue absolutamente diferente en el Caribe, en India, en Australia o en África. Por lo tanto, cualquier intento de hablar de literaturas postcoloniales bajo una teoría falsamente abarcadora será siempre una interpretación necesariamente parcial e ilusoria, y aunque podemos distinguir unas metáforas, unas estrategias y unos discursos comunes, la expresión de los mismos está absolutamente contextualizada en torno a unas particularidades territoriales exclusivas e intransferibles. De hecho, y para huir de esos planteamientos generalizadores, cada uno de los capítulos que integran este trabajo se inicia con una introducción a la realidad geopolítica en la que se producen y reciben esos textos literarios, pues aunque la mayoría de los escritores y escritoras analizados coinciden en esa crítica postmoderna al eurocentrismo, el ámbito cultural es tan plural y los contextos nacionales tan diversos que las peculiaridades de cada una de estas nuevas literaturas debe ser analizada por separado. Por otra parte, el planteamiento comparatista a la hora de incluir textualidades anglófonas y francófonas, y dentro de estos dos grupos, el de literaturas bien distintas escritas en inglés y francés, demuestra que la

intención totalizadora de los imperios produce, sin embargo, criaturas plurales, disonantes y disidentes. Y en este sentido, este volumen pretende reivindicar, desde estos espacios de pertenencia múltiple, “la diferencia dentro de la diferencia”.

Es bien sabido que el aparato del Imperio se sirvió, en su misión civilizadora, de los textos literarios para educar a los colonizados en una cultura superior, al mismo tiempo que los alienaba de su cultura nativa. Resulta innegable, por ejemplo, la relación entre la literatura inglesa y el imperialismo, y Gayatri Spivak lo expresa de manera contundente al comienzo de su artículo sobre tres de los textos más influyentes en el canon literario de Gran Bretaña: la novela de Charlotte Brontë, *Jane Eyre* (1847), la reescritura que de ésta hizo la caribeña Jean Rhys, *Wide Sargasso Sea* (1966), así como la obra de Mary Shelley, *Frankenstein* (1818), tres obras que Spivak interpreta como parte esencial del andamiaje imperialista que ha vertebrado la cultura británica de los siglos XIX y XX:

It should not be possible to read nineteenth-century British literature without remembering that imperialism, understood as England's social mission, was a crucial part of the cultural representation of England to the English. The role of literature in the production of cultural representation should not be ignored. These two obvious “facts” continue to be disregarded in the reading of nineteenth-century British literature. This itself attests to the continuing success of the imperialist project, displaced and dispersed into more modern forms. (1985: 243)

Y es cierto que el imperialismo, como discurso del poder, trata de “naturalizar” las posiciones de los “unos” y los “otros”

dentro de las jerarquías, presentándolas como ineludibles e incontestables, y sirviéndose de narrativas legitimadoras de los procesos de idealización e inferiorización que dicho discurso conlleva.³ Como sugiere Spivak, lo postcolonial no debe verse sólo como corpus de nuevos textos sino como una propuesta de lectura e interpretación del canon. Si resulta innegable la influencia de una cultura escrita para crear un sentimiento de pertenencia o de unidad nacional, también podemos afirmar que la resistencia a dicho sentimiento tiene lugar en el ámbito de la textualidad; y si, como hemos apuntado, el colonialismo se basa fundamentalmente en la representación, lo postcolonial (como contestación a ese discurso imperialista) es un desafío que también se desarrolla a partir de representaciones.

La reciente concesión del premio Nobel de Literatura a algunos de estos autores (Nadine Gordimer, J.M. Coetzee, V.S. Naipaul, Derek Walcott o Jean-Marie-Gustave Le Clézio, entre otros) parece avalar la legitimidad y el prestigio de esta nueva literatura, pero cabe preguntarse si verdaderamente tienen estos escritores (tan laureados por la Academia Europea) el derecho de hablar por otros. Y aquí podemos remitirnos a Gayatri Spivak en su famoso artículo “Can the Subaltern Speak?” donde la autora de origen indio explora la relación entre el Sujeto y su Otro, convertido en “subalterno” (término que escogió a partir de la lectura del crítico marxista Antonio Gramsci) por parte de los discursos de poder que vertebran el colonialismo. Ese “Otro” colonizado no está legitimado para hablar por sí mismo en tanto que sólo existe dentro del

3) Victor Bravo sostiene que esta relación entre imposición y fatalidad como uno de los ejercicios de poder con los que se instaura la “mitología blanca” del colonialismo, tiene hoy su correlato en la “fatalidad” de las leyes del mercado que exigen la aceptación ciega de una serie de condiciones que debemos asumir en bloque y en una suerte de “sometimiento sin salida” (241-42).

sistema imperialista, está marginado, silenciado y atrapado discursivamente dentro del concepto de lo “Otro”; y sin embargo, hablar por él o ella (como hacen muchos autores postcoloniales) supone perpetuar la actitud paternalista y opresora de ese mismo sistema que se pretende dismantlar. Ante esta encrucijada ética que plantea Spivak con su pregunta quizás podría encontrarse una salida en la Deconstrucción, en tanto que dentro de este paradigma crítico se puede dar visibilidad a lo subalterno, pero sin usurpar su voz, su derecho a la autorepresentación, y sin dejar de cuestionar el lugar política y culturalmente “contaminado” desde donde se produce la enunciación.

Por otra parte, el riesgo de simplificación del sujeto post/colonial ha sido denunciado expresamente por algunas feministas, como Chandra Talpade Mohanty que ha criticado la construcción de una imagen homogénea y monolítica de la Mujer del Tercer Mundo por parte de las feministas académicas blancas occidentales, para quienes las mujeres de aquellos países están sometidas a idénticas condiciones de victimización en función de su religión, familia, género y cultura, y por lo tanto representan ese “otro” (u “otra”) necesario de la imagen (igualmente estereotipada) de la mujer occidental como moderna, culta, con control sobre su cuerpo y su sexualidad y con capacidad para tomar sus propias decisiones. Se trataría, en definitiva, de una nueva mirada condescendiente y exotizante (aunque esta vez de signo femenino) que no estaría muy lejos de las tesis orientalistas de Edward Said. Las coincidencias entre **Feminismo y Postcolonialismo** son a menudo destacadas por los especialistas de ambas disciplinas en tanto que las dos se ocupan de ideologías supremacistas—el Patriarcado y el Imperialismo—que se traducen en formas de opresión sobre sus respectivos Otros: las mujeres y los indígenas. Feminismo y

Postcolonialismo acometen la deconstrucción del sujeto de la Ilustración desde perspectivas distintas pero complementarias: mientras el objetivo feminista es el sujeto patriarcal, el postcolonialista, es, naturalmente, el sujeto imperialista. En ambos casos, y huyendo de conceptualizaciones falsamente “universales”, asistimos, como ya se ha apuntado, a un interés por “la diferencia dentro de la diferencia” y por las intersecciones de clase, raza, etnia, orientación sexual o edad. Si sólo tomásemos en nuestros análisis la categoría género o color, aislándolas de los otros discursos y condiciones con los que interactúan estaríamos cayendo en nuevos esencialismos simplificadores de lo real.

En el caso de la mujer no europea y no blanca, suele hablarse de una “doble colonización”, sexual y racial;⁴ una experiencia reflejada por autoras como Jean Rhys, Jamaica Kincaid, Arundati Roy, Anita Desai, Tsitsi Dangarembga, Ama Ata Aidoo, Sara Suleri, Grace Nichols, Zadie Smith, Pauline Melville, Buchi Emecheta, Bharati Mukherjee, Yvonne Vera, Gisèle Pineau, Assia Djebar o Maryse Condé entre otras. En casi todas ellas, la resistencia a la autoridad patriarcal y colonial se traduce artísticamente en la resistencia al canon estético establecido, una resistencia que suele adoptar formas como la re-escritura, la parodia, la ironía o el travestismo literario, en un intento de usurpar el *logos* dominante y subvertirlo “desde dentro”. Un buen ejemplo de esta intención contradiscursiva la encontramos en el narrador de la novela de Pauline Melville *The Ventriloquist's Tale*, un amerindio del Amazonas que se

4) Elleke Boehmer argumenta que la feminización del indígena por parte del discurso colonial produjo, como contrapartida, el ejercicio de una masculinidad hegemónica y agresiva entre los hombres que lideraron la oposición anticolonial. En este contexto, las mujeres fueron llamadas a preservar la tradición local que, en muchos casos, incluía aspectos claramente misóginos (216).

sirve de las voces hegemónicas para articular su propio discurso irreverente y deslegitimador:

Where I come from, disguise is the only truth and desire the only true measure of time. Camouflage is the other required skill. I can efface myself easily like a chameleon –merge into the background... My gifts as a ventriloquist were spotted as soon as I began to speak. I could reproduce the flickering hiss of the labaria snake and sing the Lilliburlero signature tune of the BBC's World Service within seconds of hearing them. Sometimes my grandmother used me as an early form of a tape-recorder. (7-8)

Esta capacidad para el mimetismo que exhibe el narrador puede entenderse como una metáfora de las identidades múltiples y fragmentadas de las que se sirven los autores postcoloniales, muchos de los cuales suelen preguntarse si es posible reinventar al Otro en ese contexto de multiplicidad y fragmentación, y si las narrativas postcoloniales (y las lecturas que de ellas hacemos) pueden verdaderamente articular nuevas formas de resistencia política y cultural. Asimismo, el fragmento anterior propone una irónica vuelta de tuerca al concepto de canibalismo difundido por el pensamiento blanco occidental para referirse a las tribus de salvajes que se encontraban al otro lado del océano, en tanto que el ventrilocuo efectivamente “devora” a su Otro, usurpando su voz y generando con ello una alimentación recíproca de las diferencias.

Pero el **sujeto** no es el único criterio cuestionado e interrogado por el discurso postcolonial: según Ashcroft, Tiffin y Griffith (*The Empire Writes Back*) ‘**espacio**’ y ‘**lengua**’ son los otros dos ámbitos donde se producen los mayores desafíos.

Respecto al primero de ellos, conviene insistir en que los Estudios Postcoloniales articulan una retórica y una conceptualización basada en lo espacial, que nos habla al mismo tiempo de la pertenencia y del desarraigo respecto a esos lugares. Términos como “global” y “local”, “diáspora”, “inmigración”, “exilio”, “desplazamiento”, “expatriación”, “nómada”, “centro” y “periferia” sugieren una revisión ineludible del concepto **Nación**, como ente ilusorio, imaginario o simbólico. Frente a las concepciones esencialistas que buscan “naturalizar” las naciones del Tercer Mundo por medio de supuestas tradiciones innatas y homogéneas, el postcolonialismo las re-define como construcciones narrativas que surgen de la interacción entre culturas en disputa (Anderson, 1983; Bhabha, 1990; Zizek, 1993; Rushdie, 1991). Por otra parte, los actuales procesos de globalización económica y cultural, los movimientos migratorios alrededor de todo el planeta, y el contexto de identidades inestables que de este panorama de ambivalencia se derivan, tienden, si no a borrar, al menos a relativizar las fronteras y los espacios nacionales, sin que ello implique que lo “local” desaparezca. Más bien al contrario: la mayor parte de las actividades transnacionales se siguen sustentando en la continuidad de los estados nacionales, y casi todos los movimientos identitarios poseen algún tipo de nacionalismo como *telos*, pero en las presentes circunstancias se hace necesario repensar los estados nacionales como formas de organización comunitaria atravesadas por el flujo de capital, poder, información y población.

Por ello, pese a estar organizado sobre el análisis de contextos locales específicos en los que se producen las diversas literaturas postcoloniales, este volumen tiene especial interés en un fenómeno que precisamente parece desafiar la adscripción a una espacialidad concreta y determinada.

El concepto de **diáspora** en los Estudios Postcoloniales se emplea tanto en un sentido literal, es decir, refiriéndose al desplazamiento geográfico de individuos y comunidades; como en un sentido metafórico, para designar una determinada forma de pensamiento o de representación no dogmática de la realidad. Si bien es verdad que la experiencia del Imperialismo diseminó a millones de europeos por todo el orbe durante casi dos siglos, este movimiento ha tenido un sentido de retorno, al desplazar posteriormente a millones de habitantes de las excolonias (periferia) a las metrópolis (centro) en busca de oportunidades económicas, sociales y laborales. James Procter rastrea el inicio de este éxodo bidireccional hasta los orígenes mismos de la Modernidad, en torno a la fecha mítica de 1492, que es al mismo tiempo, el año de la llegada de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo, y el año en que se expulsa a judíos y musulmanes de la península ibérica tras ocho siglos de convivencia con las comunidades cristianas; una coincidencia que le lleva a concluir que la condición de la diáspora y la inmigración es una cualidad inherente a la historia de Europa (McLeod, 151). En este sentido, cabe destacar la obra de dos autores británicos de origen caribeño, Caryl Philips (*The European Tribe*, 1987) y Paul Gilroy (*The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, 1993), que, frente a las tesis nacionalistas y al absolutismo étnico (eurocéntrico y afrocéntrico) que sustentaron gran parte del discurso colonial y anti-colonial durante años, proponen la expansión de las fronteras europeas. Para Gilroy, esta perspectiva transcultural tiene en el océano Atlántico el símbolo más elocuente del tránsito de personas, ideas y mercancías entre África, América y Europa. Jugando con la afinidad fonética de los términos *roots* (raíces) y *routes* (rutas), Gilroy redefine la raza como un concepto fluido, transnacional y cambiante, y en la misma

línea, concibe los movimientos de lucha contra el racismo como fenómenos originados y desarrollados de manera igualmente intercontinental y diásporizada (a través de, por ejemplo, la música).

Respecto al segundo de los grandes desafíos de la crítica postcolonial, podemos decir que, dado que la imposición de la **lengua** hegemónica fue una de las estrategias del imperialismo para subyugar a los sujetos colonizados, el proceso descolonizador ha generado una disposición ambigua en el sujeto hablante con respecto a su idioma. La lengua es, efectivamente, un ámbito de dominación, pero también de resistencia. Esta paradoja ya se articula en el famoso desafío de Caliban en *La Tempestad* de Shakespeare, cuando grita improperios a su dominador en su propia lengua, en la lengua del conquistador, o “the master’s tool” (la herramienta del amo), como diría la poetisa afroamericana Audre Lorde. “Con la lengua que me enseñaste he aprendido a maldecirte”, viene a decir el indígena a Próspero, su amo y captor, porque es justamente a través del lenguaje como construye y articula el conocimiento de sí mismo, y con éste, la conciencia de su propia miseria y explotación.⁵ Por lo tanto, el uso que Caliban hace no refleja una actitud complaciente y agradecida hacia Próspero, sino que, por el contrario, refleja el resentimiento hacia él.

Este mismo desajuste se puede apreciar en otra obra clásica de la literatura inglesa que también ha sido considerada como una especie de laboratorio de la colonización *avant la lettre*: *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe. Cuando el náufrago encuentra al indígena, lo bautiza, le enseña la lengua inglesa y con ella, la palabra de Dios, pero paradójicamente, esta

5) “You taught me language, and my profit on’t/Is, I know how to curse. The red plague rid you/For learning me your language!”--(I, ii)

misión salvífica se vuelve contra Crusoe, en la medida en que lo que escucha de labios de Viernes no es sino el eco narcisista de su propia voz, aunque, eso sí, distorsionada, incompleta, desautorizada. Se abre entonces un espacio de ambivalencia característico del escenario postcolonial que los críticos han teorizado como “*mimicry*” (Fanon, 1952; Naipaul, 1967; Bhabha, 1994; Brantlinger, 1990), una suerte de mimetismo o camuflaje con el que el sujeto colonizado quiere asimilarse al modelo cultural que considera superior imitando o copiando sus manifestaciones. Pero como el resultado nunca es la normalización o armonización de lo Otro en lo Uno, este ejercicio de usurpación por parte del primero no hace sino cuestionar la legitimidad y corromper la supuesta pureza del segundo. Como apunta Homi Bhabha, “the menace of mimicry is its double vision which, in disclosing the ambivalence of colonial discourse, also disrupts its authority. And it is a double vision that is a result of what I’ve described as the partial representation/recognition of the colonial object” (1994: 87).

Si trasladamos este debate a la cuestión de la opción lingüística, podemos señalar que la postura apropiacionista elegida por casi todos los escritores incluidos en este volumen evidencia que la manipulación idiomática es fundamental en la creación de un espacio híbrido donde se refuerce la noción de heterogeneidad cultural. Uno de los más claros exponentes de la hibridación lingüística (también llamada “creolización” en el ámbito del Caribe) es Salman Rushdie en su consideración de ese inglés “bastardo” y contaminado por términos bengalíes como la más sincera manifestación de una vida en los intersticios culturales, marcada por el encuentro y el desencuentro de tradiciones diferentes:

Those of us who use English do so in spite of our ambiguity towards it, or perhaps because of that, perhaps because we can find in that linguistic struggle a reflection of other struggles taking place in the real world, struggles between the cultures within ourselves and the influences at work upon our societies. To conquer English may be to complete the process of making ourselves free. (*Imaginary Homelands*: 17)

Este uso irónico y autoreflexivo de la lengua hegemónica no hace sino cuestionar las certezas y verdades sobre su objeto, así como el proceso de representación del mismo. En esta misma línea, la escritora chicana Gloria Anzaldúa reivindica el lenguaje mestizo e inestable de la Frontera entre México y Estados Unidos como epítome de la identidad en tránsito que experimentan los habitantes de aquella zona:

Deslenguadas. Somos las del español deficiente. We are your linguistic nightmare, your linguistic aberration, your linguistic mestisaje, the subject of your burla. Because we speak with tongues of fire we are culturally crucified. Racially, culturally and linguistically somos huérfanos –we speak an orphan tongue. (80)

Independientemente del uso más o menos asimilacionista que estos escritores hagan de la lengua y la cultura hegemónicas, lo que sí nos permite agruparlos bajo el epígrafe de postcoloniales es, más allá de sus especificidades regionales, su origen en la experiencia de la colonización y su explicitación de los conflictos y tensiones con el poder imperial (Ashcroft, 2). En definitiva, y como puede constatarse en la amplia y variopinta muestra de textos analizados en este

volumen, casi todas estas literaturas “bastardas” manifiestan su relación con las formas colonizadoras (y sus representaciones), bien reapropiándose del lenguaje y las imágenes colonizadoras y subvirtiéndolas (re-escribiéndolas) con un propósito contradiscursivo; bien reivindicando y dando a conocer las formas indígenas intrínsecas o autóctonas de la comunidad colonizada; o bien activando formas de hibridación y mestizaje donde confluyen aspectos de la cultura hegemónica con aquellos de la cultura oprimida.

Lo cierto es que cuando, en el presente escenario internacional, se habla de la pervivencia de un modelo colonial, debemos referirnos más bien a una versión del mismo donde se trascienden los binarismos centro/periferia, metrópolis/colonia, nosotros/ellos, colono/colonizado. Se trata, además, de un modelo fragmentario, que está presente tanto en la metrópolis como en la colonia y que, en definitiva, plantea un análisis crítico de las “historiografías” descentradas y de las nuevas relaciones de poder. Las contribuciones incluidas en esta monografía demuestran cómo la dicotomía entre centros imperiales y periferias coloniales ha dado paso a nuevas realidades geoculturales que ya no se conciben como meras naciones, sino como espacios de interacción de diferentes experiencias. Por eso, términos como **hibridación, diáspora, mestizaje o interculturalidad**, que son parte del léxico simbólico de estas contribuciones, dan cuenta del escenario de ambigüedad e indefinición que ha desplazado al dogmatismo binario en que se sustentaba el discurso colonial. Aunque empleados hasta la saciedad en los Estudios Postcoloniales, estos términos son fundamentales para esta disciplina en la medida en que nos hablan de la integración o interacción de prácticas culturales diferentes; aunque quizás el término “integración” nos remite a algo demasiado armónico y

ordenado como para referirse a la diversidad de estrategias, unas voluntarias, otras desesperadas, con las que los individuos se adaptan a las necesidades y oportunidades en contextos culturales más o menos opresores; así como a las formas en que estos sujetos tratan de asimilar modelos culturales ajenos a sus propias estructuras conceptuales produciendo finalmente manifestaciones paródicas, contaminadas, bastardas y subversivas.

Frente al mundo polarizado del sistema colonial, el postcolonial presenta uno fragmentado, atravesado, híbrido, mestizo, multicultural, criollo y contaminado. Frente a la identidad monolítica y estática, se genera la diáspora, el nomadismo y las identidades en tránsito, en proceso de cambio y transformación. Aunque en este punto, conviene siempre distinguir el exilio forzoso del voluntario, y no caer en la mirada esnobista sobre estas nuevas formas culturales y esta realidad en tránsito, que para muchas personas no son una opción libre, sino la materialización de una vida inestable y desarraigada, y para otras muchas, el escaparate al que se asoman, en el convencimiento de que nunca podrán acceder a lo que contiene. La escritora antillana Jamaica Kincaid señala la necesidad de relativizar este nuevo paradigma y las posiciones que en cada momento asigna a los individuos, porque, en definitiva, todos podemos ser nativos e inmigrantes en algún momento de nuestras vidas:

Every native of every place is a potential tourist, and every tourist is a native of somewhere. Every native everywhere lives a life of overwhelming and crushing banality and boredom and desperation and depression, and every deed, good and bad, is an attempt to forget this. Every native would like to find a way out, every

native would like a rest, every native would like a tour. But some natives—most natives in the world—cannot go anywhere. They are too poor. They are too poor to go anywhere. They are too poor to escape the reality of their lives; and they are too poor to live properly in the place where they live . . . (18–19)

Por otra parte, no conviene mitificar la hibridación como un fenómeno novedoso y exclusivo del escenario postcolonial, pues no es sino la condición de todas las culturas humanas, todas ellas impuras y contaminadas, en continuos procesos de transculturación. La crítica postmodernista ha llamado la atención sobre la cualidad híbrida de casi todos los productos culturales contemporáneos, en la medida en que la imitación, el préstamo, la apropiación, el aprendizaje recíproco y la usurpación socavan cualquier posibilidad de producción cultural original. El mismo campo de los Estudios Postcoloniales es una disciplina atravesada por trayectorias teóricas múltiples (Estudios de Género, Antropología, Historiografía, Deconstrucción, Ecocrítica, etc), que hacen de ella un mapa multidisciplinar. Y en esta misma línea, el mosaico de géneros y estilos que concurren en muchos de los textos postcoloniales puede explicarse como el intento de amalgamar las tradiciones indígenas con las europeas.⁶ De hecho, puede afirmarse que la particularidad de estas

6) Una parte importante de la crítica ha interpretado el frecuente uso del realismo mágico por parte de autores postcoloniales como parte de esa tendencia a problematizar las fronteras, los límites y las categorías, en tanto que este modo narrativo representa la interacción de dos perspectivas en conflicto: por un lado, una visión racional de la experiencia relacionada con el *logos* occidental, y por otro, la reivindicación del legado cultural indígena (manifestado en el elemento fantástico y sobrenatural) que fue silenciado por el colonialismo (Chanady 1985; Danow 1995; Zamora & Faris 1995; Cooper 1998).

“nuevas literaturas” reside precisamente no en su grado de autenticidad con respecto a lo indígena, sino en su capacidad para transformar, reciclar y adaptar lo no-indígena.

A este mapa conceptual hay que añadir un término que ha ido ganando preponderancia en las últimas décadas, desde la caída del muro de Berlín y el subsiguiente colapso de los regímenes comunistas: la **globalización**. Referido fundamentalmente al reforzamiento del imperialismo económico con el objeto de garantizar mano de obra y mercados transnacionales a las corporaciones capitalistas, no se trata de un concepto nuevo, y de hecho, el análisis de sus implicaciones se encuentra ya en los textos fundacionales del postcolonialismo. Edward Said, por ejemplo, habla en *Orientalismo* de “worldwide hegemony of imperialism” y Gayatri Spivak de “international division of labour”. Globalización e hibridación se han convertido en conceptos interrelacionados y multivalentes representativos de un nuevo orden mundial, demostrando que el actual flujo de capitales, personas e ideas no se lleva a cabo en un único sentido. Los circuitos migratorios transnacionales desmantelan las nociones monolíticas de identidad nacional y la oposición binaria entre centro y periferia. En este contexto, las fronteras entre el Primer y el Tercer Mundo se desdibujan (no así las desigualdades económicas entre ambos) a medida que la producción y el capital se desplazan a la periferia, y la mano de obra se dirige a las antiguas metrópolis occidentales, generando lo que Sassen Koob ha denominado la “periferización del centro” (1987), y en ocasiones viniendo a integrar las bolsas de pobreza existentes en países desarrollados conocidas como el Cuarto Mundo. Como sugiere Rouse al analizar cómo el fenómeno de la inmigración mexicana necesariamente altera el escenario social y cultural de los Estados Unidos, “the comforting modern

imagery of nation-states and national languages, of coherent communities and consistent subjectivities, of dominant centers and distant margins no longer seems adequate” (1991: 8).

Al igual que el concepto de nacionalismo, el de globalización está sujeto a una serie de contradicciones, pues, dependiendo del contexto geopolítico en que tenga lugar y de las particularidades de los individuos o comunidades a los que afecte, puede ser un proceso liberador u opresor; homogeneizador o diferenciador; progresista o conservador.

Un ejemplo de esta contradicción puede encontrarse en el proceso de producción disperso y deslocalizado que se desvela al rastrear la trayectoria de una prenda de vestir puesta a la venta en cualquier almacén de Europa o Estados Unidos, pero cuya materia prima ha sido generada, manipulada, confeccionada y empaquetada en distintos países, en un característico movimiento de Sur a Norte y de Este a Oeste. El concepto de “trazabilidad”, que, sobre todo en la industria alimenticia, pero también en otros sectores, es un marcador de calidad que permite al consumidor conocer las distintas etapas en la cadena de producción de una determinada mercancía, también desvela a veces el lado oscuro de este mercado global (denunciado por las Organizaciones de Comercio Justo) caracterizado por la explotación laboral y las prácticas abusivas.⁷

Frente a los riesgos de la globalización cultural, las literaturas de la diáspora proponen una recuperación de la memoria y una re-lectura del pasado colonial, aún a riesgo de

7) La ética que hay detrás de la producción globalizada ha sido puesta en evidencia en varios documentales como *China Blue* (M. Peled, 2005) y *La pesadilla de Darwin* (H. Sauper, 2004), que desentrañan el complejo y perverso entramado de relaciones humanas y mercantiles que hay detrás de productos que consumimos cotidianamente como los pantalones vaqueros y los filetes de pescado, respectivamente.

ser devoradas por la industria cultural que acompaña siempre a la expansión neo-imperialista y atraviesa las fronteras antes impermeables de las culturas locales. Ese riesgo de canibalización de los recursos (esta vez culturales) del Tercer Mundo por parte del Primero es evidente si tenemos en cuenta que los países en los que se promocionan estas nuevas literaturas con una actitud que podría interpretarse como de aperturismo por parte de sus élites culturales, son paradójicamente los mismos que imponen mayores restricciones en las políticas migratorias y de ayudas al desarrollo (Boehmer, 232).

Por eso, si, a modo de conclusión, nos preguntásemos sobre el futuro de la teoría postcolonial, quizás debiéramos concluir con Walter D. Mignolo que ésta no debe convertirse en un área de estudio de donde simplemente se extraiga información o en una nueva sección de curiosidades en la Academia, sino que debe comprenderse como un espacio de enunciación política e intelectual desde donde interrogar permanentemente los legados coloniales y su hegemonía epistemológica, y como una invitación para salir de lo Uno y explorar lo Otro, para abandonar lo que nos es propio y familiar y aventurarnos en lo ajeno, en lo extraño, aún en el convencimiento de que nunca podremos entenderlo del todo, y que siempre quedarán áreas de silencio y opacidad que se resistan a la traducción cultural. Como los artículos aquí incluidos demuestran, la escritura postcolonial supone la escenificación de esas identidades fronterizas, liminales y bricoladas tan características del panorama postmodernista, y la lectura ética que proponen quizás sea un buen antídoto para contrarrestar los discursos criminalizadores que siguieron a los atentados terroristas del 11/S, así como para recordarnos que el texto literario es siempre el lugar del conflicto y la negociación, de la revisión del pasado y de su posible reparación.

BIBLIOGRAFÍA

- Achebe, C. (1958). *Things Fall Apart*. Garden City, N.Y.: Anchor, 1994.
- (1977). "An Image of Africa: Racism in Conrad's Heart of Darkness." *Hopes and Impediments: Selected Essays, 1965-1987*. London: Heinemann, 1988:1-13.
- Anderson, B. (1991). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- Anzaldúa, G. (1999). *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- Ashcroft, B., G. Griffiths, and H. Tiffin (1989). *The Empire Writes Back: Theory and Practice in Post-Colonial Literatures*. London and New York: Routledge.
- Benbassa, E. (2011). "Revueltas en el mundo árabe: nuestra arrogancia colonialista". <http://www.decolonialtranslation.com/espanol/revueltas-en-el-mundo-arabe-nuestra-arrogancia-colonialista.html>
- Bhabha, H. (1990). *Nation and Narration*. London: Routledge.
- . (1994). "Of Mimicry and Man: The Ambivalence of Colonial Discourse". *The Location of Culture*. London: Routledge: 85-92.
- Boehmer, E. (2005). *Colonial and Postcolonial Literature: Migrant Metaphors*. London: Routledge.
- Brantlinger, P. (1990). *Crusoe's Footprints: Cultural Studies in Britain and America*. London: Routledge.
- Bravo, V. (1999). "¿Postcoloniales, nosotros?: Límites y posibilidades de las teorías postcoloniales." *Voz y Escritura* nº 8-9. Diciembre: 237-61.
- Chanady, A.B. (1985). *Magical Realism and the Fantastic*. New York: Garland Publishers.

- Conrad, J. (1902). *Heart of Darkness*. Harmondsworth: Penguin Classics, 1987.
- Cooper, B. (1998). *Magical Realism in West African Literature*. London: Routledge.
- Danow, D.K. (1995). *The Spirit of Carnival: Magical Realism and the Grotesque*. Kentucky: The U. P. of Kentucky.
- Fanon, F. (1952). *White Skin, Black Masks*. New York: Grove Press, 1994.
- Gilroy, P. (1992). *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*. Cambridge, MA: Harvard UP.
- Hawkins, H. (1979). "Conrad's Critique of Imperialism in *Heart of Darkness*." *PMLA* 94.2: 286-99.
- Kincaid, J. *A Small Place*. (1988). New York: Farrar, Strauss & Giroux.
- McLeod, J. (2007). *The Routledge Companion to Postcolonial Studies*. London: Routledge.
- Melville, P. (1997). *The Ventriloquist's Tale*. London: Bloomsbury.
- Mignolo, W. (1997). "La razón postcolonial: Herencias coloniales y teorías postcoloniales". *Postmodernidad y postcolonialidad. Breves reflexiones sobre Latinoamérica*. Alfonso de Toro, ed. Madrid: Iberoamericana: 51-70.
- Mohanty, C.T. (1991). "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses". *Third World Women and the Politics of Feminism*. Mohanty, Russo & Torres, eds. Bloomington and Indianapolis: Indiana UP: 51-80.
- Naipaul, V. S. (1967). *The Mimic Men*. London: Penguin Books Limited.
- Philips, C. (1987). *The European Tribe*. London: Faber.
- Procter, J. (2007). "Diaspora". *The Routledge Companion to Postcolonial Studies*. McLeod, ed. London: Routledge: 151-157.

- Rouse, R. (1991). "Mexican Migration and the Social Space of Postmodernism". *Diaspora: A Journal of Transnational Studies*, 1 no.1: 8-23.
- Rushdie, S. (1992). *Imaginary Homelands: Essays and Criticism 1981-1991*. Harmondsworth: Penguin.
- Said, E. (1979). *Orientalism*. New York: Vintage.
- Sassen-Koob, S. (1987). "Formal and Informal Associations: Dominicans and Colombians in New York". Sutton y Chaney, eds. *Caribbean Life in New York City: Sociocultural Dimensions*. New York: Center for Migration Studies: 278-96.
- Shakespeare, W. (1611). *The Tempest*. F. Kermode, ed. London: Routledge, 1992.
- Shohat, E. (1992). "Notes on the Post-Colonial". *Social Text*, No. 31/32, Third World and Post-Colonial Issues: 99-113.
- Spivak, G. (1985). "Three Women's Texts and a Critique of Imperialism". *Critical Inquiry*, Vol. 12, No. 1, Race, Writing, and Difference: 243-61.
- . (1988). "Can the Subaltern Speak?". *The Postcolonial Studies Reader*. Ashcroft et al., eds. New York: Routledge, 1995: 24-8.
- Zizek, S. (1993). "Enjoy Your Nation As Yourself." *Tarrying with the Negative: Kant, Hegel, and the Critique of Ideology*. Durham: Duke UP: 200-38.

LITERATURAS FRANCÓFONAS

